

cuaresma, entre las cuales no es la principal arrimarse al confesor, tenemos la fiesta de los Pepes.

¡Oh! ¡Los Pepes!

—Oye, Enriqueta ¿no vas al Zócalo esta noche?

—¡Quien sabe, María! Mi marido está muy ocupado, y no sé si vendrá temprano Pepe.

—Si quieres llegaré por tí.

—¿Vas tú?

—Sí.

—¿Con tu marido?

—No, con Pepe.

La señora casada, la señora viuda, la familia sin papá y sin hermanos varones que no tienen un Pepe, son unas gentes desdichadas, porque no cuentan con quien las lleve á todas las diversiones. Pero así como nunca falta un roto para un descosido, así es difícil que á las muchachas de buenos bigotes les falte su Pepe.

OCURRENCIAS.

—¡Si viera cuanto me gustan las sorpresas, mi querido don Simplicio. Deme una.

—La que quieras, Luisa.

—Regáleme su reloj con todo y leontina.

* * *

—Aguarda, aguarda. ¡Que talle de mujer! ¡que pié. . . ! Mira ¡que pié. . . !

—Déjame mirar. ¡Que pié. . . !

Ambos amigos se detienen frente á la tienda de la *Sorpresa*.

—¡Bárbaro! ¡que piés, ni que. . . una rueda de palo.

—Corto de vista que tú eres.

—No, sino que hemos tomado por una hermosa á la muñeca de barniz que sirve para esponer los trajes.

—¡Pues es verdad!

EPIGRAMA.

Díjole Estéban á Bruno
Cierta vez, ambos riendo:

—Por lo poco que estoy viendo
Eres un puerco importuno.

Mas Bruno, que es algo terco,
Dijo perdiendo la calma:

—Te voy á romper el alma
Si no me pruebas lo puerco.